

## ¿ME QUIERES?

*Esta es la historia de cómo un niño maltratado se convierte en un adolescente violento y, finalmente, en un hombre feliz rodeado de amor y capaz de acoger en su casa a jóvenes abandonados: “He conseguido vencer la fatalidad, el estigma del maltrato. Sólo temo un abismo: el odio hacia uno mismo, y doy fe de que el perdón es el acto más difícil y el más digno del hombre. A veces se quiere perdonar pero no se puede. Mi pasado cruel me ha dado una imprevista vida de ternura. Cada mañana, durante 10 años, le he preguntado a mi mujer: ‘¿Me quieres?’. Amar es creer que todas las personas heridas en su memoria pueden transformar su herida en fuente de vida; es inocularle al otro el virus de la esperanza. Todos tenemos derecho a cambiar”. El libro de Tim te abre el corazón*

*Tengo 44 años. Nací en París y vivo en Lourdes. Estoy casado y tengo cuatro hijos y siete jóvenes acogidos. De los políticos me interesa su corazón. Soy pacifista con un temperamento violento que he aprendido a controlar. Soy católico, pero amo a Dios a través de los hombres. Publico mi historia “Más fuerte que el odio” (editorial Gedisa)*

-Mi madre me abandona a los 3 años. Me deja atado a un poste de electricidad en una carretera secundaria.

-**¿Y su padre?**

-Se junta con una mujer que tiene cinco hijos y que a mí no me acepta. Yo mendigo las caricias de mi padre, pero soy el recuerdo del honor perdido, me desprecia. Cuando él me pega, ella sonrío. Cuando él se ausenta, ella me saca de casa; duermo en el patio.

-**¿Y sus hermanastros?**

-Se burlan de mí. Yo me baño en el patio con el agua sucia que ellos han utilizado. Y me quedo ahí fuera de pie, helado, ese frío se me queda dentro para siempre. Desnudo, corro a refugiarme en la caseta de “Simla”, donde paso las noches acurrucado en su calor.

-**¿Una perra era su fuente de afecto?**

-Sí, los lametones que me da ponen nerviosa a mi madrastra: “¡Sucios bastardos!”, grita, y nos pega a los dos. “Simla” entiende mi dolor, me mira y aúlla. Gracias a ella me gusta mirar a los ojos de los otros; cuando lo hago entiendo la meteorología de su corazón.

-**¿Cómo salió de ese infierno?**

-Mi padre bebe cada vez más. El simple hecho de que yo entre en su campo de visión le pone furioso, y me pega; pero yo sigo esperando su abrazo. El día que cumpla cinco años me pega tal paliza que paso tres años en un hospital.

-**¿Le retiraron la patria potestad?**

-Sí, y no volví a saber de ellos. Estaba solo en el mundo. Un día robo el papel que envolvía el regalo del niño que duerme junto a mi cama. Durante meses me arrastro con mis piernas rotas hasta el váter y lo contemplo maravillado.

-**¿Así consiguió volver a andar?**

-Sí, salgo del hospital con el ojo derecho casi inservible, la nariz rota, la frente marcada y terribles dolores de cabeza, pero ando y sé dibujar porque aquel papel de regalo tiene duendes y trenes que yo copio y copio.

-**¿Por qué lo llevaron a un psiquiátrico?**

-Primero voy a una casa de monjas que me cuidan, todavía llevo la medalla que me dieron. Observo una villa blanca en la que hay niños que ríen y juegan. Me juro que algún día me casaré con una chica de allí.

-**Lo consiguió.**

-A los 23 años. Antes soy escoria para la sociedad. Me ingresan en un psiquiátrico. Un médico decreta que soy un anormal. Nueve meses después otro médico dice que yo no debía estar allí. Entre tanto lloro cada noche y ruego que mi padre venga a buscarme.

-**Fue acogido por una granjera.**

–Lo hizo por dinero. Me pega y apenas me da de comer. A mí nadie me adoptaba, mi jeta partida no gustaba, y ya era mayor, tenía ocho años. Finalmente me acoge otro granjero al que yo llamo papá Gaby, lo quería pero fui torpe: incendio el granero y acabo en un correccional. Fue el descenso a los infiernos.

–**¿Allí se construye la coraza?**

–Sí, recibo muchas palizas. Pero quien no cuenta para nadie no se lamenta, no llora, se levanta y sigue impulsado por una violencia nueva. Me propongo escapar de aquel lugar y lo consigo a los 12 años.

–**¿Cómo es la vida en la calle?**

–Llego a París, me guío por el instinto, duermo en un parking, acurrucado, intentando que mi aliento caliente mis genitales para no quedarme helado. Me prometo que si algún día tengo un hogar, tendré sitio para los vagabundos. Empiezo a robar.

–**¿Y le gusta?**

–Sí. El miedo superado se convierte en un aliciente que está siempre disponible. Robo filetes de carne cruda y la desgarró a dentelladas. Por las tardes voy a la salida de los colegios y veo cómo los padres besan a sus hijos, veo las manos entrelazadas de los enamorados, paso entre medio, les doy codazos, cabezazos; la felicidad de los demás me abofetea.

–**¿Rogaba a Dios?**

–Tengo 12 años. Una noche se me acerca un hombre elegante, es muy amable: “Si quieres un trabajo, sígueme”. Le sigo, me pone una pistola en la cabeza y me viola. Suplico, como tantas veces, a un ser todopoderoso para que venga a liberarme, pero nadie viene.

–**¿Qué le mantiene vivo?**

–Lograr que me expulsen del correccional, al que vuelvo reiteradamente; ser jefe de pandilla y matar a mi padre.

–**¿Encontró comprensión?**

–Me convierto en “gigoló” con 13 años, y aquellas mujeres, que también sufren, son amables conmigo. Conozco a un mendigo de cinco estrellas que me da educación y cariño, una juez justa que me da una oportunidad. La amabilidad nunca se olvida, se queda grabada en lo más recóndito del corazón.

–**Acabó siendo respetado.**

–Sí, un boxeador violento, admirado y vacío. En mi búsqueda desesperada conecto con el padre Thomas, que me da tres tesoros: la acogida incondicional, el perdón y la esperanza. La generosidad que no espera nada a cambio desconecta la cólera.

–**¿Cuándo consiguió llorar?**

–Cuando conozco a un tipo que vive con minusválidos y me presenta a su extraña familia: “Tim, eres simpático”, dice un niño desde su silla de ruedas, y es como un guantazo de afecto. Otro niño se pasa dos días con su única mano hábil escribiéndome un poema que me da el día de mi cumpleaños, y por primera vez lloro porque recibo sin dar nada. Debo mi vida a quienes la sociedad rechaza: lisiados, anormales, vagabundos.

–**¿Ya cree en sí mismo?**

–Me creía condenado a repetir el desamor, pero si alguien te mira con el corazón adquieres brillo. Has de salir del mundo que te oprime y acercarte a esos modelos de vida que te gustaría vivir. Sí, soy feliz, puedo amar.